

## El *Vocabulario náhuatl-español* (1571): la aportación mayor de fray Alonso de Molina a la lexicografía misionera\*

*Manuel Galeote\*\**  
*Universidad de Málaga, España*

*Miguel Figueroa Saavedra*  
*Universidad Veracruzana, México*

### Resumen

Se analiza el tercer diccionario de la lengua náhuatl (siglo XVI), elaborado por el franciscano Alonso de Molina y publicado en México (1571). Se trata del vocabulario náhuatl más completo de todos los tiempos y de la empresa más ambiciosa y original en toda su producción lexicográfica. La novedad radica en los aspectos estructurales, en la concepción lexicográfica y en el esfuerzo sistemático por compilar de la lengua hablada el mayor caudal de voces de la lengua náhuatl. En un enorme empeño colectivo, los frailes franciscanos,

\* Este artículo se basa en la ponencia inédita que se presentó en el *IV Congreso Internacional de Lingüística Misionera* celebrado en la Universidad de Valladolid (España) entre el 8 y 11 de marzo de 2006. Agradecemos los comentarios aportados para la mejora del manuscrito por Otto Zwartjes y Thomas C. Smith Stark, que nos han sido de bastante ayuda para precisar aspectos que no habían sido adecuadamente tratados y sobre los que seguiremos investigando.

\*\* Para correspondencia dirigirse a: Manuel Galeote (galeote@uma.es), Departamento de Filología Española I y Filología Románica, Facultad de Filosofía y Letras, Campus de Teatinos, s/n, Universidad de Málaga, e-29071, Málaga, España.

abanderados por Molina, desarrollaron un proyecto sistemático de gramaticalización de la lengua náhuatl. Sobre todo, impulsaron la lexicografía misionera, de modo que hoy podemos estudiar con el "Vocabulario" y el "Arte" de Molina la lengua indígena de los territorios de la Nueva España. El magno diccionario náhuatl no ha podido ser superado por ningún otro y se ha convertido en un monumento a la curiosidad lingüística y al interés por otras culturas, al mismo tiempo que se desarrollaba la evangelización de los pueblos americanos. Sin ningún género de dudas, el *Vocabulario náhuatl* ocupa una posición más que sobresaliente en la historiografía lingüística y en la lexicografía misionera en Hispanoamérica. Nos hallamos ante un legado de inestimable valor para investigar las características histórico-lingüísticas, sociales y culturales del antiguo náhuatl. En suma, el volumen ilustra el proceso de interacción entre dos culturas y dos lenguas en unas coordenadas históricas singulares.

Palabras clave: lingüística misionera, lexicografía, español colonial, náhuatl, gramaticalización.

THE *VOCABULARIO NÁHUATL-ESPAÑOL* (1571): THE MAJOR  
CONTRIBUTION OF ALONSO DE MOLINA TO MISSIONARY  
LEXICOGRAPHY

Abstract

We analyze the third dictionary by Alonso de Molina, his last and more successful work. It constitutes an absolute break with the romance tradition represented by Nebrija. This book is the most genuine of his work. From a lexicographical point of view, this novel dictionary was made by a systematic effort of compiling the greatest wealth of terms in Nahuatl language. This effort was made by the Franciscan friars thanks to the accumulated experience and labour in the study of Amerindian languages in New Spain. Therefore this last vocabulary is undoubtedly an undying linguistic monument. Unlike the rest of lexicographical compilation, the "Nahuatl Vocabulary" (1571) must be in the most outstanding position in the colonial linguistic historiography and missionary linguistics. It is undoubtedly an invaluable legacy for the knowledge of the social, cultural, historical and linguistic situation of ancient Nahuatl.

Key words: missionary linguistics, lexicography, Colonial Spanish, Nahuatl, grammaticalization.

Recibido: 30/03/09.

Aceptado: 20/05/09.

Dentro de la lexicografía mexicana, la obra mayor que le debemos a Molina se publicó conjuntamente con la segunda edición del *Vocabulario castellano-mexicano*. Aquel repertorio náhuatl-español de 1571 demostraba a todas luces una ruptura frontal con la tradición románica de Nebrija. Se trata de la aportación más sólida y más original de fray Alonso de Molina. Aunque tomara como base los diccionarios de Nebrija, se le fue revelando lo inútil de una sujeción férrea a los mismos como modelo para una compilación léxica de la lengua indígena de la Nueva España. En este sentido, el tratamiento contrastivo de las formas nahuas con las castellanas no debía nada a Nebrija.

En consecuencia, conviene que la historiografía lingüística colonial, la lingüística misionera y las modernas investigaciones sobre lexicografía bilingüe hispanoamericana tomen buena nota de que en el taller lexicográfico de Molina se había concebido, gestado y alumbrado un monumento lingüístico que inmortalizaría al eminente gramático franciscano.

Sin embargo, sería faltar a la verdad el considerar este trabajo el mérito de un solo hombre. No se le puede negar su papel principal, pero dicha labor de recopilación del léxico náhuatl, ardua, metódica e intensiva fue el resultado de todo un trabajo acumulado de recopilación y sistematización realizado desde 1530 por la comunidad franciscana con el auxilio de los sabios locales y de los jóvenes nahuas bajo su tutela. Molina contó con informantes y colaboradores nativos, además de recibir la valiosa ayuda de sus compañeros de orden, fuera como precursores, caso de fray Andrés de Olmos, o como estrechos colaboradores, caso de fray Bernardino de Sahagún (Hernández de León-Portilla 1999), quien también de modo paralelo estaba preparando otro vocabulario seguramente con un fin más terminológico que lexicográfico, con un afán de complementariedad (cf. Maynez 2006).

Además, en aquella Nueva España de finales del s. XVI se constataba la vitalidad del náhuatl, en contacto con el castellano, lo que le granjeó una posición destacada como lengua mediante la cual se traducían y transmitían los conceptos y principios cristianos y humanistas de Occidente a la sociedad nativa. Numerosos aspectos del léxico podrían permitirnos ampliar estas ideas e ilustrar aquel proceso de complementación, interinfluencia y enriquecimiento mutuo entre las dos lenguas.

## 1. EL VOCABULARIO NÁHUATL DENTRO DE LA OBRA DE FRAY ALONSO DE MOLINA

Frente al *Vocabulario castellano-mexicano* de 1555 (*VCM55*) y al *Vocabulario castellano-mexicano* de 1571 (*VCM71*), aquí nos interesa, particularmente solo el repertorio náhuatl-español (*VMC*). Su valía permanece minusvalorada. Para entonces, los diccionarios bilingües (castellano-latino y latino-castellano) de Nebrija se le revelaban poco adecuados al franciscano para elaborar la compilación léxica de la lengua indígena de la Nueva España. En este sentido, tomó de Nebrija el modelo bidireccional que venía aplicando a la lexicografía náhuatl desde 1555:

...he considerado que el otro Vocabulario que començasse en la lengua Mexicana, conforme al proceder del Antonio de Lebrixa, no seria de menos vtilidad que el que comiença en nuestro romance, mayormente para los que por arte y muy de veras quisieren darse a aprender esta lengua (Prólogo al lector, h. 1v).

Es necesario insistir en que el diccionario al que aspiró siempre Molina —una obra práctica, lo más completa posible, para hacer frente a las necesidades comunicativas de los misioneros— era un diccionario de la lengua náhuatl. Los españoles experimentaban la urgencia de entenderse con los hablantes indígenas. Por fin, en 1571, pudieron disponer de un diccionario náhuatl, la magna obra de fray Alonso de Molina: la segunda parte del “vocabulario grande”.

Consideremos a continuación sus principales características, que fueron ya expuestas de modo preciso por René Siméon en 1885 (Siméon 1988):

- a) Es más extenso que ninguno de los anteriores: contiene 162 folios (324 páginas a dos columnas). Incluye aproximadamente 24.000 entradas o términos.
- b) Jamás se ha reeditado. Solo disponemos de reimpressiones facsimilares (Leipzig, 1880; Madrid, 1944 y 2001).
- c) De su novedad, el propio fray Alonso de Molina era consciente; lo mismo que del esfuerzo que había representado su elaboración. Antes de su edición, ningún otro vocabulario náhuatl-castellano había logrado ser editado, ni el de fray Andrés de Olmos escrito en c. 1546, ni el de fray Francisco Jiménez hacia 1532 (Mendieta 1973), que pasaron por ser breves vocabularios manuscritos y, como en el caso del de Francisco Jiménez, sin más testimonio que su recuerdo.

En el Diccionario de Siméon, incluso la propia editorial (Siméon 1988, pp. v-vii) sostiene en la *Nota del editor* antepuesta a la primera edición española (1977) que el vocabulario de Molina era un hito fundacional en la lexicografía mexicana:

el español fue suplantando al náhuatl [...] De ahí que el único intento de sistematizar seriamente su estudio remonte al siglo XVI, al tiempo en que las instituciones originarias vivían aún (Siméon 1988: V).

Por su parte, R. Siméon reconoció que:

el vocabulario de Alonso de Molina [...] es el único libro de lexicografía realmente importante que ha sido hecho sobre el lenguaje de los antiguos mexicanos, por lo cual lo he tomado como base de mi trabajo. Además, los términos que contiene son del más puro náhuatl y han sido tomados del lenguaje usual en los centros más civilizados del Anahuac, es decir, México y Tetzcuco. El autor, no obstante, cita ciertas palabras usadas en otras localidades, sin indicar su procedencia. He conservado estas palabras que, por lo demás, me parece que figuran en número muy limitado (Siméon 1988: LXXXVII).

Más adelante, insiste el lexicógrafo francés en que:

... fuera de los gramáticos que a menudo han cuidado de indicar el origen y la descomposición de las palabras, los lexicógrafos no han intentado nada a ese respecto. Sus trabajos son ciertamente poco considerables y quedan todos eclipsados ante el vocabulario de Molina, que es mucho más extenso y bastante completo (Siméon 1988: XC).

Este halago del moderno lingüista y lexicógrafo, que reconoce la actualidad de la obra para el nivel de exigencia de su época, era algo también sentido por sus propios coetáneos. Si retrocedemos en el tiempo, el propio fray Jerónimo de Mendieta había explicitado con ostensible claridad la trascendencia de la obra:

Fray Alonso de Molina fue el que más dejó impreso de sus obras, porque imprimió arte de la lengua mexicana, y vocabulario, y doctrina cristiana mayor y menor, y confesionario mayor y menor o más breve, y aparejos para recibir el Santísimo Sacramento del altar, y la vida de nuestro padre S. Francisco [...] Tradujo también muchas oraciones y devociones para ejercicio de los naturales, porque aprovecharan en la vida espiritual y cristiana (Mendieta 1973, II: 118).

Como apunta E. Hernández (Hernández 2001: 11), la mayor originalidad de Molina subyacía en el *VCM71*, un diccionario bilingüe donde la lengua de entrada era la lengua náhuatl, considerada de este modo la lengua que organizaba la macroestructura del diccionario. De este modo, Alonso de Molina junto con Maturino Gilberti son los primeros en considerar un plan lexicográfico bilingüe donde una lengua amerindia (náhuatl y purépecha) pueda cumplir el papel de lengua de entrada. Así se advierte la asociación y mutua influencia entre el *VCM71* y el *VMC* con el *Vocabulario de la lengua de Mechoacan* (1559). Ambos toman como experiencia y esbozo previo el *Vocabulario en la lengua castellana y mexicana* de 1555 (*VCM55*), que ya realizó Molina y que sirvió de base y anuncio del *VMC* en la búsqueda de la ansiada bidireccionalidad mediante la elaboración en paralelo de dos diccionarios bilingües, uno L1-L2 y otro L2-L1, como también observa E. Hernández (2001:22).

Sin embargo, yendo más allá, lo que se advierte en el aviso quinto del *VCM71* en relación con el proyecto original, es que los esfuerzos de Molina se hacen y se planean desde un principio considerando a la náhuatl como primera lengua de todo el proyecto lexicográfico. Molina aspiraba a un diccionario náhuatl, pero era tarea tan difícil y sin precedentes, que cuando empezó con el *VCM55* dejó caer claramente que tenía en mente esa magna empresa, de la que ahora nos ocupamos. Reléase el “Aviso quinto” de la edición de 1555 y repárese en la forma de futuro (*declararán*):

Todos los vocablos que hubiere diferentes para significar una misma cosa, que en el latin llamamos sinonimos, se distinguiran con un punto. [...] Y assi ay muchos desta manera, los quales se *declararan* muy mejor, en el vocabulario que comienza en la lengua de los yndios [hoja 6r., cursiva nuestra].

Compárese con la forma verbal de presente (*declaran*) en el “Aviso quinto” de la edición del *VCM71*:

Y assi ay muchos desta manera, los quales se *declaran* muy mejor, en el Vocabulario segundo que comienza en la lengua de los yndios [h. 4r., cursiva nuestra].

El cambio en los tiempos verbales se ve matizado por el adverbio de intensidad “mejor”, que revela una sospecha que a todos los que nos acercamos a los vocabularios de Molina nos acecha: ¿por qué parece que el *VMC* es más completo, preciso y amplio que los *VCM55* y *VCM71*? Estas dos obras parecen derivaciones adaptadas del hábeas del *VMC* que en 1555 no estaba editado pero que era del que se extrae el material para el *VCM55* y del cual

se seguirían sacando como fichero nuevos vocablos para la ampliación de 1571. Eso explicaría en parte la inclusión tanto en el *VCM55* y *VCM71* de entradas complejas que son más bien las acepciones o perífrasis explicativas de las entradas en náhuatl que acaban convertidas en equivalentes.

Esta vuelta a atrás de los términos se revelaría como una necesaria labor de sistematización que acomodara todo el léxico extraído para ajustarlo y ordenarlo a una macroestructura pensada desde el español. De ahí que la edición del *VCM55* fuera un paso ineludible que posibilitara la necesaria revisión que fuera facilitando la tan ansiada edición de un vocabulario náhuatl-español, necesario en los primeros momentos para entender los textos y conceptos que manejaba la población a evangelizar, dejando para más adelante el hacer un vocabulario español-náhuatl que serviría para el auxilio de la evangelización como diccionario de aula y de traducción desde el lenguaje y pensamiento español.

Consecuentemente, el *VMC* de Molina no nació después de imprimirse el *VCM55*, sino que había sido concebido en primer lugar<sup>1</sup>. Sin duda, le habían llegado las obras de Nebrija y puso manos a la obra, pero aquí fue el náhuatl el que jugó el papel del latín y no el español. Ahora bien, hay un importante matiz que deseamos resaltar: no es que Molina en 1555 anticipase la parte inversa, náhuatl-castellano, como un proyecto a realizar, como se cree generalmente (Hernández 2001: 22). Su plan lexicográfico parece siempre estar dominado por el náhuatl como primera lengua en su concepción. El que su primer trabajo editado fuera en castellano-náhuatl no muestra más que aún no había resuelto la lematización del náhuatl que permitiera su ordenación al modo cómo ya se había resuelto para el castellano o el latín<sup>2</sup>. Lo que se refleja en el *VCM55* es la facilidad de concebir la microestructura desde el castellano, a pesar de que la macroestructura desde el comienzo se concibiera en náhuatl. Cuando pudo dar a la imprenta en 1571 el volumen soñado, donde el náhuatl se mostraba como lengua de entrada, vio culminado el desvelo que le supuso esa labor original. Así lo escribió en un prólogo que no tiene desperdicio:

<sup>1</sup> Sospechamos que el comienzo de los trabajos de Molina para redactar un diccionario náhuatl en 1547 coincidiría con el inicio de las investigaciones de fray Bernardino de Sahagún sobre la cultura náhuatl, en el contexto del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Allí se emprendían otros trabajos de rescate cultural y se elaboraban documentos (León-Portilla 1987: 73).

<sup>2</sup> Esto se hace bien evidente en el caso del verbo y que tanto afectó a la primera ordenación de esta categoría de palabras que hace Olmos (Galeote y Figueroa-Saavedra 2008: 1291).

Digo esto, porque quando imprimi la primera vez el *Vocabulario de la lengua Mexicana*, obra a mi parecer harto buena y necesaria para ayudar a los ministros desta nueva iglesia, a la deuida execucion de sus officios [...] no fue otro mi intento, sino començar a abrir camino, para que con el discurso del tiempo y con la inteligencia de otros mas biuos entendimientos, se fuesse poco a poco descubriendo la mina (a manera de decir) inacabable de vocablos y maneras de hablar que esta copiosissima y artificial lengua Mexicana tiene [...] Acorde de hazer esta segunda impresion, mejorando la obra que auia principiado en dos cosas. La vna, que al Vocabulario impresso en el año de cinquenta y cinco que comiença en romance añadi [...] mas de quatro mil vocablos. La otra, en componer e imprimir estotro Vocabulario, que comiença en lengua Mexicana, el qual me ha costado el trabajo que nuestro Señor sabe y los que lo entienden podrán imaginar (*VMC*, prólogo al lector, cursiva nuestra).

Queda bien claro que Molina se había propuesto como objetivo desde el primer momento un vocabulario náhuatl, como Gilberti también editó en 1559 su *Vocabulario de la lengua de Mechuacan*, donde en su prólogo deja claro que la primera parte sea purépecha-español y la segunda español-purépecha (Gilberti 1997: 35):

...puse inteligencia y gran conato en componer & traduzir este Dictionario en lengua de Mechuacan y en lengua Española, y de lengua Española en la de Mechuacan.

Si no hubiera sido así, nunca Molina podría haber contado con un corpus lexicográfico tan rico como el que compone el *VM71*. Por ello, no se confunde cuando nombra el *VM55* como *Vocabulario de la lengua Mexicana*. A veces nos pasa desapercibido lo más obvio: que los misioneros necesitaban un vocabulario náhuatl y Molina nunca perdió de vista aquella meta lexicográfica. Siempre trabajó en el mismo proyecto, un diccionario náhuatl-español: su aportación mayor a la lexicografía misionera<sup>3</sup>. Así, pues, cuando redactó el *Aviso quinto* del *VM55*, anticipaba explícitamente su mayor proyecto.

<sup>3</sup> Molina tiene conciencia de que no existe un diccionario integral, pues resulta imposible abrazar la totalidad del caudal léxico de ninguna lengua, no solo del náhuatl: “en este tiempo se me han ydo ofreciendo otros vocablos de nueuo, de los muy muchos que quedan y *quedaran siempre por poner*” (“Prólogo al lector” del *VM71*, h. 1v.; cursiva nuestra).



## 2. EL *VMC71* EN LA TRADICIÓN DE LA LEXICOGRAFÍA MISIONERA COLONIAL

Desde aproximadamente 1530, Molina hubo de emprender un esfuerzo sistemático con vistas a elaborar un registro lexicográfico exhaustivo del náhuatl. Así, el *Vocabulario* de 1555 se había convertido en el primer inventario léxico de una lengua americana (Molina 2001[1555]).

Desde el punto de vista del contacto de lenguas, gracias a aquella acuciante necesidad de establecer unas correspondencias léxicas entre la lengua náhuatl y la española, Molina nos proporcionó visiones inéditas de la relación entre ambas en los primeros momentos de la dominación española (vid. nuestros índices de frecuencias de indigenismos en la sección castellanas de las entradas de los tres vocabularios, Galeote 1993). De este modo, fray Alonso dirigió un trabajo exhaustivo y colectivo de recopilación interactiva del léxico náhuatl. Esta iniciativa no se concibió como un esfuerzo personal aislado, sino como la culminación de una serie de trabajos elaborados con apoyo en una comunidad de expertos. Además, no cabe duda de que se auxilió con un corpus de documentos, cuyo contenido se iba despojando al tiempo que se inventariaba lexicográficamente. Fue una tarea larga, concienzuda y empírica. Para Molina, su obra era un retoño que otros cultivarían:

...enmendando lo que aqui va mal puesto, quitando lo superfluo, y añadiendo lo mucho que falta, porque como yo pretenda principalmente el provecho y utilidad de los proximos, y que esta planta crezca a honra y gloria de nuestro señor: contentarme he con haberla plantado con el favor divino, aunque la honra del cultivarla, y ponerla en perfeccion para que lleve grandes frutos, sea de otros que en este genero de agricultura mas se les entiende y mejor sabran alcanzar y descubrir los secretos desta lengua [*VMC71*: prólogo v.].

Estamos de acuerdo en que “el espíritu de la orden franciscana [...] practicó un estilo especial en la Nueva España: sus modos misionales se caracterizaron por una estrecha aproximación a los indígenas, por un deseo y un espíritu de convivencia e integración, incluso de penetración, en su mundo mental” (Hernández 2001: 10). Esta penetración en el “mundo mental” exigía el dominio de su lengua y de todo aquello que fuera nombrado con ella. Si se hubiera limitado a aquello que solo se nombraba en español, el *VMC* nunca habría rebasado en volumen al *VMC71*. Por ello es inadmisibile en nuestros días seguir sosteniendo el argumento de Gili Gaya:

Los numerosos vocabularios españoles en lenguas indígenas americanas, que los misioneros compusieron [...] contienen escaso léxico español y

nada añaden a los diccionarios europeos, especialmente a Nebrija, que los misioneros tomaban como guía para componer los suyos, escogiendo las palabras de significado asequible a la mentalidad indígena (1960: VIII).

Aunque solo consideráramos la parte castellana de los vocabularios de Molina, a juicio de Lope Blanch, “se enriqueció notoriamente el tesoro léxico de la lengua castellana, al tener que registrar conceptos, acepciones o matices semánticos nuevos, ausentes en los dos *Vocabularios* de Nebrija” (1999: 70, n. 47). Le debemos al lexicógrafo misionero:

...informes completos: explicaciones y determinaciones locales y temporales, lo que, en la mayoría de los casos, hace posible comprender el contexto social y cultural, determinando, además, el tiempo prehispánico [...]. Se encuentran indicaciones de uso, y esto más allá de un simple registro de las unidades de un vocabulario [...] Hay explicaciones —hasta detalladas— que permiten comprender muchísimos detalles de la cultura ajena, reflejada en estas frases y unidades fraseológicas (Thierner-Sachse 1997: 149).

Ascensión Hernández de León-Portilla por su parte observó que:

...el franciscano tuvo cuidado en incorporar un buen número de neologismos, muchos ideados por él para mantener el purismo de la lengua; incorporó también hibridismos e hispanismos y desde luego un buen número de sustantivos correspondientes a nombres de cosas de la naturaleza mexicana. Ahora bien, desde un punto de vista lingüístico, su mayor acierto fue la manera de registrar los verbos nahuas acompañados siempre del pronombre y partícula que le pertenecen (Hernández de León-Portilla 1993: 216).

A cualquier atento investigador no le cabe la menor duda sobre la novedad de la empresa lexicográfica del franciscano. Dicho en otras palabras, definitivamente, con claridad y precisión “Molina da un tratamiento complejo a la lengua mexicana” (Bustamante 1989: 414).

### 3. ¿POR QUÉ ESTUDIAR EL *VMC71*? ¿QUÉ CONTIENE Y QUÉ APORTA?

Las innovaciones que incorpora Molina, como señalan diversos autores (León-Portilla 1977), modernizan la obra hasta el punto de que su macroestructura vino a coincidir en parte con los diccionarios actuales. Reparemos en los siguientes criterios aplicados por el franciscano:

- Ordenación alfabética de los vocablos (explicitada en los preliminares *Aviso sexto y undécimo*).
- Enunciación de los verbos en primera persona del presente (*Aviso tercero*) y la indicación de la raíz verbal que se expresa en dicho tiempo mediante su posposición en el enunciado<sup>4</sup>.
- Indexación de los verbos transitivos con la posposición explícita de los prefijos verbales de sujeto y objeto indefinido o reflexivo (*Aviso cuarto*).

Estos son ejemplos de cómo, al igual que otros gramáticos españoles del momento, Molina supo apreciar las diferencias específicas del náhuatl frente al castellano y al latín, comprendió la necesidad de prescindir de los moldes gramaticales latinos y de captar las peculiaridades estructurales de la lengua náhuatl. Hay en todo esto el reconocimiento de la idiosincrasia lingüística del náhuatl, como lengua no románica, que exigía otro trato en el proceso de gramatización, lo que revirtió satisfactoriamente en la funcionalidad del *VCM55*. Uno de esos primeros pasos fue el intento por fijar un sistema único y regularizado de escritura alfabética. En el caso del náhuatl, este proceso no ofreció demasiada complicación gracias a poseer un sistema fonológico no excesivamente diferente del castellano, creándose en el caso de los fonemas no compartidos con el sistema fonológico castellano varios dígrafos para su representación (*hu/uh, cu/uc, qu, tl, tz*).

A este respecto, Molina empleó un sistema bastante formalizado, con alguna característica propia. Redujo el uso de dígrafos para representar la /w/ (v.g. *hu>u*, v.g. *oncaualo*), aunque mantuvo el dígrafo *uh* delante de consonante o como término de radical (v.g. *techipauh, teicniuhltan*), aunque en algún caso emplea *hu* (v.g., *quauhapihuaztli*). En el caso del fonema /k<sup>w</sup>/, emplea *qu* delante de la vocal *a* (v.g. *qualani*) y para el resto usa *cu* (v.g., *cuitlayo*), tendiendo a no emplear *uc* delante de consonante o como término de radical (v.g., *tecutli*)<sup>5</sup>. Dentro de estos avances de literacidad formal que conformaban un campo donde imperaban múltiples tendencias y criterios

<sup>4</sup> Aunque los verbos expresados en primera persona del singular del presente son una forma de lematización ya empleada por Andrés de Olmos y Antonio de Nebrija, siguiendo la tradicional enunciación verbal griega y latina, la innovación de Molina reside en la exposición de la estructura verbal separando los prefijos de la raíz verbal. De ese modo, preludia de hecho la enunciación con formas de tercera persona del singular de presente en la microestructura del artículo, sirviendo la posposición de los prefijos sujeto y objetos para señalar la transitividad y valencia del verbo como ejemplo.

<sup>5</sup> Parece que Molina reconoce la existencia de estos dos dígrafos como vemos en su *Arte de la lengua mexicana* (1571: fol. 25 r.), siguiendo a su maestro Olmos; pero no lo comenta

(Lockhart 1999; Smith 1995-1996; Sullivan 1987), Molina consolida lo ya hecho en cuestiones de lexicografía por otros gramáticos, especialmente fray Francisco Ximénez y fray Andrés de Olmos; pero en el que se hace patente la presencia del propio sistema ortográfico latino y castellano como fuente de la que extraer el repertorio de signos hasta componer los grafemas y digrafemas.

Molina, como otros, se tuvo que enfrentar, a la hora de escribir los vocablos, a la diversidad dialectal del náhuatl y a las diferencias del habla que parecían complicar aún más la confección de vocabularios, siendo de carácter léxico y fonológico, como señala en su *Arte de la lengua mexicana* (1571: fol. 27 v.).

Y dado que esta variedad y diferencia de accentos aquí dicha, sea prouechosa, empero muy mejor se puede saber y aprender con el vso, que con arte alguna, a causa de la diuersidad y variedad que ay en cada prouincia y en cada pueblo, etc.

Estas diferencias prosódicas —en realidad eran más bien fonéticas— entre las poblaciones de una misma comunidad lingüística se juzgaron en principio como accidentales y, por tanto, no relevantes para el aprendizaje sistemático de la lengua, siendo algo a comprender y aprender con la práctica comunicativa. Sin embargo, sí se consideraba que otros aspectos debían ser estructurados y sistematizados para establecer una norma de pronunciación correcta (y su consecuente reflejo en una escritura alfabética formalizada), como ya se había hecho en el ámbito románico.

En general, se acordó entre los frailes metidos a gramáticos seguir el ejemplo de Nebrija, al establecer una variedad local como modelo de la lengua. Se tomó el dialecto hablado en el Valle de México, sobre todo en las localidades de Tetzco y México-Tenochtitlan tal y como refiere en su *Aviso segundo*: por ser allí “donde mejor y más curiosamente se habla la lengua...”<sup>6</sup>. Sin embargo, esta designación no estuvo basada en su propio

---

más que como dos formas de representación que no son complementarias, sino sustitutivas, de ahí que se quede solo con cu.

<sup>6</sup> Olmos es también del mismo parecer cuando dice que “y puesto caso que quanto a la congruidad de la lengua los mexicanos y tetzucanos hagan ventaja a otras provincias” (Olmos 1993: III, 6). Esta es una regla general, así, para el caso del purépecha se eligen las variantes de Tzintzuntzan y Pátzcuaro (Juan Baptista de Lagunas, 1574, *Arte de la lengua michoacana*, 105-106), y del mixteca con las variantes de Tepuzcolula y Yangüitlan (Antonio de los Reyes, 1593, *Arte en lengua mixteca*, prólogo). Algo también similar ocurrirá en el Virreinato del Perú, donde para el quechua se elegirá la variante de Cuzco y de Chinchaysuyo (Diego de Santo Tomás, 1560, *Gramática o arte de la lengua general de los indios de los Reynos del*

criterio sino en la estimación que daban los hablantes nativos a determinados usos. Precisamente Tetzco y México-Tenochtitlán, entre los siglos XIV y XV, se destacaron como centros políticos y culturales hegemónicos, siendo los lugares donde se inició un proceso de formalización del habla en registros corteses y elegantes (*tepillàtollì*), de acuerdo con el predominio que iban adquiriendo sus élites en la geopolítica mesoamericana, imponiendo o difundiendo su forma de hablar como norma modélica, elegante y prestigiosa (León-Portilla 1995). De este modo, esta preferencia relegó en importancia y aprecio a otros dialectos, como, por ejemplo, el tlaxcalteca (Sullivan 1987: 37-36), que, curiosa y casualmente, era el hablado por los conquistadores nativos aliados de los españoles.

En esta tendencia a estandarizar se puede sospechar la influencia de algunos colaboradores nahuas, como el acolhua Hernando de Ribas (Hernández de León-Portilla 1995), que pudieron indicar, de acuerdo con las políticas lingüísticas locales, en qué elementos de la lengua se debía de hacer hincapié en cuanto a la formalización de las formas escritas, según una pronunciación clara y completa, y un léxico local. Igualmente, Molina también pudo fijarse en esas diferencias a partir de la contrastación entre el náhuatl mexica que aprendió de niño, y las variaciones que contempló en sus diversas estancias en localidades nahuas como México, Tlatelolco y Tecamachalco, manteniéndose sensible a la existencia de variantes geolectales del léxico y considerara adecuada su inclusión. Tanto en el *VMC* como en el *VCM55*, al comprobar las entradas, se hace bien evidente la intención de incluir el léxico que refleje algunas variedades geodialectales que Molina conoció durante sus estancias. Como bien declara en el *Aviso segundo* del *VCM55*, uno de los objetivos de su proyecto era poner aquellos vocablos “que se usan en otras provincias, si algunos oviere particulares”, objetivo que persiguió desarrollar en el *VMC* y que no logró cuajar ni reflejarse plenamente en los *VCM55* y *VCM71*.

Es cierto que Molina seguramente no pensó en que su proyecto debiera ser un exhaustivo trabajo de campo analítico y particularizador del náhuatl hablado en cada región, sino simplemente reflejar aspectos léxicos cuya entidad y significación para el hablante les confería un valor distintivo entre las diferentes regiones en las que estuvo<sup>7</sup>. A este respecto, Molina seguía manteniéndose dentro de una concepción de la descripción de las

---

*Peru*) y para el aimara se optara por las variantes de Cuzco y lupaca de Chucuito (Ludovico Bertonio 1603, *Arte y gramática muy copiosa de la lengua aymara*).

<sup>7</sup> Esta falta de identificación clara y de comprensión de los criterios de que dispuso Molina para establecer su inclusión, más que la mera diferenciación del uso, plantea la posibilidad

lenguas dominada por un criterio hipodiferenciador, en pos de favorecer la creación de una lengua culta y unificada. A pesar de esto, el establecimiento de una ortografía estándar para los textos no impidió el registro de algunas diferencias que, en cualquier caso, en 1555 ya estaba previsto incluir en la publicación de la parte mexicano-castellana.

En este sentido, inesperadamente, nos sorprende Molina con la inclusión de algunas referencias. Sin embargo, no se indica la procedencia de las variantes, aunque parezca, por lo que nos dice, que responden a diferencias léxicas o fonológicas entre las variedades de Tetzco y México, siendo ambas no muy marcadas y constituyendo parte de una variante central. Basándonos en algunos trabajos dialectales sobre el náhuatl (Lastra 1981, 1986), podemos identificar algunos lexemas como atribuibles a variantes mexicas que pudo obtener de su vida y estancia en México y Tlatelolco, y su estancia en la región acolhua como guardián en Tecamachalco entre 1559 y 1564<sup>8</sup>, o a partir del examen de los materiales recopilados y trabajados por otros frailes en alguna de estas regiones, como por ejemplo, Andrés de Olmos y Bernardino de Sahagún; o por la colaboración de naturales de allá —como el ya mencionado Hernando de Ribas.

También en esta cuestión subyace el dilema sobre cuál debía de ser la variante que se tomara como modelo de referencia para una estandarización del náhuatl con vistas a la redacción y publicación de textos. Esta disputa, como sabemos bien, se desarrolló entre los centros culturales de mayor importancia en la región del centro de México: Tetzco y México-Tenochtitlan. Es manifiesto que en el trabajo de estandarización de la escritura de la lengua náhuatl, los frailes gramáticos establecieron comparaciones entre las formas de habla de estos dos centros urbanos. Así, por ejemplo, son continuas las comparaciones contrastivas entre la forma de hablar de acolhuas y mexicas en lo que respecta a la pronunciación, como vemos en este fragmento del capítulo 6º, de la *Orthographia*, del *Arte* de Olmos:

Y es de notar que entre estas dos vocales, o, u, hazen muy poca diferencia en la pronunciacion y escriptura porque vna misma diction vnos la pronuncian con, o, y otros con, u. Exemplo, vnos dizen ocelutl y otros dizen

---

apuntada por otros especialistas (Flores Farfán 2004 y 2005) de que tal vez no estuviera incluyendo variantes geolectales, sino más bien sociolectales.

<sup>8</sup> Aún queda mucho que hacer en cuanto a la posible influencia de sus viajes en su obra. La estancia en tierras acolhuas pudo influir en alguna manera en la revisión de la ortografía de las ediciones de 1571 y en la incorporación de algún nuevo lema. Sin embargo, de momento solo podemos establecer cierta especulación, pues, como veremos, la cuestión es bastante compleja.

olucelutl (sic.), y para esto quales se ayan de pronunciar y escreuir con, o, y quales con, u, no se podra dar Regla general pro (sic.) paresceme que quando la, o, estuuire entre dos vocales se pronunciara y escrivira mejor con, u, que no con, o, y la razón que a esto me mueve es que en las tales dictiones las mugeres mexicanas tetzucanas pronuncian, v, consonante, lo qual no harian si fuere, o... (Olmos 1547, capítulo 6).

En esta comparación se está intentando establecer una variedad diastrática culta a partir de las variantes de Tetzoco y México-Tenochtitlan, que se conforme como regla de dicción y, por tanto, de un reconocimiento marcado de la fonología básica como fundamento para el establecimiento de un alfabeto estandarizado. Así, los frailes comienzan a establecer un modo de pronunciación adecuado que respalde la validez de la escritura.

Y puesto caso que quanto a la congruidad de la lengua los mexicanos y tetzucanos hagan ventaja a otras provincias, pero Mexica (sic.) no la haze en la pronunciacion: porque los me (sic.) mexicas no pronuncian la m ni la, p, y ansi por dezir Mexico dizen Exico; y en todas es[a]s otras provincias no tienen, v, consonante, y las mugeres mexicanas y tetzucanas la pronuncian y no es buena pronunciacion (Olmos 1547, capítulo 6).

En esta comparación pareciera que la variante de Tetzoco tiene cierta prestancia, por tener una dicción más clara, pero vemos una tendencia a establecer una norma por encima de tales diferencias. En su obra lexicográfica, parece que Molina se propuso desarrollar la unificación de la variedad diastrática culta. Esta pretensión se aprecia al elegir la variante de México-Tenochtitlan como el patrón rector, pues es la variante que conoce desde niño el mismo Molina y que escoge y adopta en sus escritos, dada su residencia en tal región<sup>9</sup>.

Por ejemplo, según mostramos en la tabla 1, en varios de sus escritos (fechados entre 1550-1565: *Ordenanzas para aprovechar los cofradías a los que han de servir en estas hospitales*, 1552; *Confesionario Mayor en la lengua mexicana y castellana*, 1565) empleó palabras como *miec*, *miyec* y *pie*, cuyo uso contrasta con las variantes *miac*, *miyac* y *pia*, que incluye en sus vocabularios, pero que no empleó en sus primeros años ni posteriormente. Es interesante en este sentido la corrección que hace de algunos vocablos,

<sup>9</sup> Entre los lugares en los que Alonso de Molina estuvo entre 1559 y 1570 y donde pudo apreciar in situ la variedad dialectal del náhuatl central, están las localidades de Tecamachalco, México, Tlatelolco y temporalmente Puebla (León-Portilla 1977).

así por ejemplo, la [i~e] inicial va finalmente representada por “i”, frente a la tendencia inicial de “e”; hasta el punto de que en las *Ordenanzas* de 1552 (fol. 46 r.), aunque pervivan las dos formas de representación (*elhuicac/ilhuicac*), va a realizar una corrección directa al tachar la “e” inicial de la palabra *echtequinime*, y reemplazarla por una “i”: *ichtequinime*. Esto pone de manifiesto su interés por depurar la escritura del náhuatl sobre normas ortográficas y la probable predilección por la forma mexicana de hablar el náhuatl.

Tabla nº 1

<i>Ordenanzas OFM 1552</i>	<i>Confesionario Mayor 1565</i>
<i>Miec tlamantle</i> <i>Miyec tlacatl</i>	<i>Miec</i>
<i>Quipiazque</i>	<i>Quipiezque</i> <i>Pielo</i> <i>Nepiyelitzli</i>
<i>Elhuicac</i> <i>Ilhuicac</i>	<i>Ilhuicatl</i>

Un aspecto que merece subrayarse, por ser el *VCM55* una pieza clave, es su valor como modelo de excelencia en el dominio y competencia de la lengua náhuatl del que hacen gala los lingüistas misioneros. Se ha destacado con frecuencia el papel de “académicos” de estos guardianes de la lengua náhuatl, hecho que se comprueba por el celo puesto en la difusión de un lenguaje estandarizado y pulcro.

Este afán por estandarizar el lenguaje de cara a lograr tanto una lematización como para formalizar la escritura de las palabras, crea una extraña paradoja. Examinando el *VCM55* y *VCM71* se advierte la existencia de diferencias en la forma de escribir los lemas entre ambas ediciones. En algunos casos parecen correcciones y en otros, el intento por dar predominio o presencia a otra variante. En esta segunda situación, pareciera que existiera cierta resistencia a no eliminar variantes que a nivel escrito no suscitan gran problema de identificación, pero merecen la suficiente singularización como para que se mantengan en el léxico.

Si vemos la tabla 2, se ve una tendencia a incluir aquellas formas que representen la totalidad fonética de la palabra. Si es así, no sería posible saber si se trata de un criterio de rigor por dar con una forma que diera visibilidad a los debilitamientos vocálicos y semiconsonánticos, como defendía Olmos, frente a la representación aparente del habla. Este registro de variaciones



alofónicas se siguen registrando en los dialectos actuales (cf. Monzón 1990) y es de suponer que estuvieron en la región central muy marcados como para que fueran señalados por los frailes gramáticos.

Tabla nº 2

Variación	VCM55	VMC	VCM71	lema
[ø]~[n]	<i>Ooli</i>	<i>Oolin</i>	<i>Oolin</i>	<i>Abortado</i>
	<i>Atza</i>	<i>Atzan</i>	<i>Atzan</i>	<i>A menudo</i>
	<i>Qualca</i>	<i>Qualcan</i>	<i>Qualcan</i>	<i>Buen lugar / lugar</i>
[e]~[a] <sup>10</sup>	<i>Nechcapa</i>	<i>Enchapa</i>	-----	<i>Aculla / Allí / Allí, mostrando el lugar</i>
	<i>Nachcapa</i>	<i>Nachcapa</i> <sup>11</sup>	<i>Nachcapa</i>	<i>Deudor</i>
	<i>Ytech tleactica</i>	-----	-----	
	<i>Ytech tlaactica</i>	<i>Itech tlaactica</i>	<i>Ytech tlaactica</i>	<i>Rocio</i>
	<i>Auechtli</i>	-----	<i>Auechtli</i>	
	<i>Auachtli</i>	<i>Auacho</i>	<i>Auachtli</i>	
[ø]~[y]	-----	<i>Aoctle</i>	<i>Aoctle</i>	<i>Abundancia</i>
	<i>Ayoctle</i>	<i>Ayoctle</i>	<i>Ayoctle</i>	
	-----	<i>Imonequiyan</i>	-----	<i>Provechosamente (gastar algo)</i>
	<i>Ymonequia</i>	-----	<i>Ymonequian</i>	

En otro caso, no obstante, las variantes son más bien alofónicas, y no necesariamente implica que todas ellas sean dialectológicamente significativas. La tendencia a dar predominio a una sobre otra se fundamenta en dar preeminencia a aquella que deje más clara la forma “correcta” de escribir-pronunciar la palabra. La inclusión de estas palabras en sí no supone una ampliación del léxico, pues no aportan diferencias semánticas, solo fonológicas y ortográficas. Esto revela de fondo una pugna o un deseo de conservar las primeras aportaciones realizadas por sus colaboradores y las

<sup>10</sup> Es posible que lo que Alonso de Molina esté registrando sea más bien una sustitución de tipo [e]~[ø].

<sup>11</sup> Se muestra diferenciado de *nechcapa*.

inquisiciones del propio Molina. Así, por ejemplo, se tiende a conservar como lemas todas estas variantes y se acaba decidiendo marcar de modo escrito la *n* final a pesar de su articulación débil.

Se comprueba de esta manera la imposibilidad de sustraerse en la confección del *VMC* de una realidad donde el habla náhuatl manifiesta comportamiento heterogéneo, engrosando el caudal léxico con diferentes lexemas, sin que ello impida la formalización de una escritura que empezaba a imponer una norma ortográfica a la que ajustar la palabra escrita. Un ejemplo notable de la diversidad que aporta este hecho de estandarización y normativización ortográfica y, a la vez, de reflejo de la variación dialectal lo tenemos en los casos del verbo “*chiya*” y del sustantivo “*chia*”.

En el caso del verbo *chiya*, el *VMC* aporta tres variantes: *chiya*, *chia* y *chie* (tabla 3). Es difícil determinar para cada variante su lugar de procedencia por las carencias a este respecto que muestra la obra de Molina como ya hemos señalado. Sin embargo, y en relación con otras variantes incluidas en el *VCM55* y *VMC*, se puede apreciar una oposición entre las forma *chiya* y *chia*, como una asimilación o elisión del fonema /y/ en grupos vocálicos con un cambio *iya>ia* dialectalmente significativo, y de *chie* y *chia*, como sustitución de fonemas [a]~[e] también significativa, que ya hemos señalado en otras palabras en la tabla 3. De este modo, las primeras formas serían presumiblemente propias de México-Tenochtitlan (en especial *chiya*), aunque también la forma *chia*, junto con la forma *chie*, serían características de otras regiones.

Tabla nº 3

Raíz verbal	Lexema	Definición
<i>Chiya</i>	<i>Chiyaltia.nic</i>	Lo mismo es que <i>chielia</i> (forma causativa: le hago esperar)
	<i>Chiyaltia.mote</i>	Pararse cachonda la perra (forma causativa-reflexiva: se hace esperar a alguien)
<i>Chia</i>	<i>Chia.nite</i>	Esperar a alguno
	<i>Chialtia.nic</i>	Aguardar a otro con la comida, o con otra cosa (forma causativa: le hago esperar)

<i>Chie</i>	<i>Chielia.nic</i>	Aguardar a otro con refresco o con otra cosa, o guardarle algo para quando venga (forma applicativa: le espero con esto)
	<i>Chieltia.nic</i>	Idem ( <i>chielia</i> ) (forma causativa: le hago esperarlo)
	<i>Chieltia.nicno</i>	Aguardar o esperar sin temor al enemigo (forma causativa-reflexiva: me hago esperarlo)

En el registro de estas entradas y sus definiciones se percibe el contexto diferenciado en el cual fueron recogidos cada uno de los vocablos y definidos según un contexto de significación. Así, el verbo (*tla*)*chiya* (‘mirar, observar, esperar, atender expectante’) refleja su riqueza de sentidos figurados, ampliados por el uso de formas verbales causativas y applicativas, como se advierte en la tabla 3, las cuales, a pesar de todo, siguen mostrando un sentido genérico para la acción nombrada, que es la de “esperar pasivamente a que alguien haga algo”. En este punto se advierte el interés de Molina por descubrir y consignar “los secretos que ay en la lengua, la qual es tan copiosa, tan elegante, y de tanto artificio y primor en sus metaphoras y maneras de decir, quanto conocerán los que en ella se exercitaren” (*ICM55*, iii r.), lo que también puede explicar el hecho de que no unifique tales variedades en una única raíz, pues considere que es parte consustancial del significado recogido.

Así se observa que, al margen de las variantes fonológicas, las morfológicas permiten un amplio repertorio de significados. Junto con las mencionadas formas applicativas y causativas que permiten la expresión del significado ‘aguardar la llegada de una persona para ofrecerle algo’ (aunque aquí sospechamos que Molina no captó la diferencia de matiz entre la forma applicativa ‘esperar a alguien con algo’ y la causativa ‘hacer esperar a alguien para algo’), también incorpora una forma reverencial en el caso de la ‘espera defensiva de la llegada de un enemigo con el que se desea entrar en combate’. Esta forma reverencial es la que da pie para la definición de ‘pararse cachonda la perra’, expresión que define la actitud en los animales –y figuradamente en los hombres– de la espera pasiva o receptiva de la hembra ante la copulación del macho, frente a una actitud más activa que en náhuatl se expresa con el verbo (*mo*)*quetza* (‘tomarse las animalias’), (*mo*)*tzinquetza* (‘ponerse la muger a manera de perra o de otro animal, para que el varon tenga parte con ella’) y (*mo*)*quetzallani* (‘andar la perra cachonda’). Obviamente, este registro tiene como finalidad su empleo por los confesores a la hora de entender lo que el penitente nahua describía de este modo figurado.

Otro ejemplo de registro de variación alofónica lo hallamos en la palabra “chia”. Se trata de un sustantivo para el que se recogen tres formas: *chie*, *chia*, *chian* e incluso una forma presumiblemente \**chiya* (tabla 4). En este caso, las variaciones van desde el debilitamiento o elisión de la /n/ a final de palabra, fenómeno registrado tanto en documentos coloniales como en registros actuales (Launey 1992: 16, Monzón 1990: 57, Hasler 1996: 62) y que se considera un rasgo del náhuatl central (Lastra 1986: 212), y la tendencia en la sustitución de fonemas [a]~[e] al uso de la a (*miac* frente a *miec*, que también registra Molina). Esto nos dibuja las siguientes sustituciones entre [chian]~[chien], [chia]~[chie] y el cambio *iya*>*ia* (*chiya*>*chia*) que se produce por la acentuación de una vocal larga /i/ seguida por un saltillo mecánico final (Hasler 1996: 56)<sup>12</sup>.

Tabla nº 4

Raíz nominal	Lexema	Definición
<i>Chie(-n)</i>	<i>Chiematl</i>	Azeite de <i>chia</i>
	<i>Chiencuema</i>	Sembrar <i>chia</i>
<i>Chia(-n)</i>	<i>Chia</i>	Cierta semilla de que sacan azeite
	<i>Chian</i>	Lo mismo es que <i>chia</i>
	<i>Chiamatl</i>	Azeite de <i>chia</i>
	<i>Chiauacayo</i>	Cosa grasienta
<i>Chiya</i>	<i>Chiyauacayo</i>	Grasiento
	<i>Chiyaua.ni</i>	Mancharse o henchirse de grassa

El valor dialectal de estas variantes sigue por determinar pero algunos autores mencionados les dan valores significativos. De cualquier modo, es evidente que llamaron la atención de Molina y de forma inusitada las documentó. Es interesante resaltar en este ejemplo que Molina, para definir un término náhuatl, no solo emplee un mexicanismo, sino una variante dialectal como equivalente de otra variante dialectal: la entrada *chiematl* la define como “azeite de chia”; bajo *chian* indica “lo mismo es que chia”.

<sup>12</sup> Habría que ahondar más en esta cuestión, pues se documentan otras variaciones que muestran que esta sustitución no se da solo en el caso que menciona Andrés Hasler y que se advierte de modo notorio en los verbos -iya e -ia. También se localizan en algunos sustantivos que incluye Molina y donde es en el interior de palabra y que puede responder a otros mecanismos como en el caso del doblete *ciyacatl/ciacatl*. Este caso de sustitución [ø]~[y] se muestra en la tabla 2 y se puede rastrear en más palabras, como en el doblete *aotli/ayotli* o *aoclei/ayoclei*.

A nivel dialectal, las diferencias léxicas sean quizás más significativas, sobre todo para identificar las variantes. En los vocabularios se incluyen varias palabras que representan diferencias significativas en cuanto a forma, mas no en significado. En la tabla 5 recogemos algunas de ellas, que son las más reconocibles, sospechando que existen otras variaciones léxicas que aunque aparentemente no parecen ser significativas si dan pie a suponer que existían preferencias en su uso<sup>13</sup>.

Tabla nº 5

<i>VCM55</i>	<i>VMC</i>	<i>VCM71</i>	<i>lema</i>
<i>ciuatl</i>	<i>ciuatl</i>	<i>Ciuatl</i>	<i>Mujer</i>
-----	<i>çouatl</i>	-----	
<i>Tlepochtli</i>	<i>telpochtli</i>	<i>telpuchtli</i>	<i>Mancebo / mozo</i>
<i>telpocatl</i>	<i>telpocatl</i>	<i>telpocatl</i>	
<i>yhpuchtli</i>	<i>ichpochtli</i>	<i>yhpuchtli</i>	<i>Moza / mozuela / virgen / mujer por casar</i>
<i>yhpocatl</i>	<i>ichpocatl</i>	<i>yhpocatl</i>	

En las palabras que hemos incluido en esta tabla se reconocen diferencias que responden al uso del náhuatl de Tetzcoco (Lastra 1981) y que pueden remitir al hecho de que la recopilación del corpus lexicográfico se estuviera realizando en dos regiones que, aún reconociéndose como náhuatl del área central, tienen diferencias de léxico que las asocia con áreas como la Huasteca, donde predomina el uso de *telpocatl*, o con áreas como la región de la Sierra de Zongolica, donde se combinan en la actualidad ambos términos. Otra posibilidad de interpretación es que Molina estuviera registrando una renovación del léxico y, por tanto, innovaciones. En el *VMC* registra las palabras *ciuatl* y *çouatl*, ambas como términos que nombran a la mujer. La palabra *çouatl* en la actualidad se localiza en el área occidental, en zonas de Jalisco y Estado de México. Es probable que estuviera en el pasado más extendido, aunque se supone que *çouatl* es una forma más antigua que *ciuatl*, aunque ambas parecen ser propias también de la forma “central” (Lastra

<sup>13</sup> Estas diferencias serían, por ejemplo, la preferencia a formar el sustantivo objeto a partir de la base 2+*tli*, frente a la base 1+*tl*, o la variación entre la forma agentiva formada por base 1+*c* o base 2+ *qui*, e incluso frente a la acabada en -*que* o -*quetl* que advertimos en algunas fuentes, pero no parece recoger Molina. El primer caso mencionado se advierte en la lematización y equivalencias que ofrece Molina, cuyo sentido puede ser el de reflejar diferencias en las preferencias de uso y no tanto sinónimos.

1986: 192). De cualquier modo, la forma *çouatl* parece ser anómala, hasta el punto de que no fue incluida en el *VMC55* ni en el *VMC71*, pues no debía ser de uso común tanto en México como en Tetzoco.

Un último aspecto sobre el que queremos insistir es la modificación semántica del léxico náhuatl, a causa de la influencia cultural española que se aprecia en el *VMC*. Se crearon significados más amplios o ambivalentes y cambió por completo el sentido originario. Esto se percibe sobre todo en la terminología referida a la religión y a los rituales. En el proceso de evangelización era necesario eliminar de las palabras aquellos sentidos y significados que consideraban contrarios al mensaje cristiano, por estimar que estaban cargados de gentilidad, paganismo o diablismo. Esto se hacía más acuciante en aquellas palabras que por su uso general debían conservarse en el discurso cotidiano, ya que eran difíciles de sustituir porque no tuvieran éxito las propuestas neológicas o por tener una forma descriptiva que las hacía susceptibles de ser adoptadas desde una resemantización,

De esta manera, *tequatequia*, lavar la cabeza con un uso ritual, sirvió para designar el acto de bautizar, el bautismo con agua bendita; *teopixqui*, guardián de los dioses, sacerdote indígena, se aplicó a los frailes y sacerdotes cristianos; *tlapilchiua*, hacer un feo, ofender y *tlatlacoua*, dañar, estropear algo, hacer mal, resultó equivalente de pecar; *mictlan*, el inframundo a donde van los muertos, señorío del dios Mictlantecuhtli, fue identificado con el infierno cristiano; y el *xuchitlalpan*, floresta o tierra de las flores, lugar mítico donde lo efímero es duradero, donde se encuentra lo verdadero y a donde van los guerreros caídos en combate o sacrificados, acabó identificándose con el ‘paraíso terrenal’.

Lo más sobresaliente, sin embargo, es que el dominio de la lengua náhuatl por parte de los frailes misioneros conllevaba un uso creativo de la lengua, a semejanza de los propios hablantes nativos. Los frailes *nahuatlato*s, bien para lograr la comprensión inmediata de la población nahua, bien para mantener el purismo de la lengua, crearon neologismos (Lockhart 1999: 381-382) que respondían a necesidades ideológicas. Otras veces, la neología denominativa estaba motivada por la dificultad de traducir elementos ideológicos o ceremoniales ajenos al mundo religioso nahua. Se crearon términos explicativos, seguramente con asistencia de los estudiantes y gramáticos nativos (tabla 6).

<sup>14</sup> Se quería diferenciar conceptualmente de un modo claro el *calendario indígena* del *calendario religioso cristiano*, a través de la especialización terminológica.

Tabla nº 6

Forma náhuatl	Significado literal	Equivalencia castellana
<i>tequaqua xillan uipilli</i>	‘camisa que muerde en la barriga’	<i>cilicio</i>
<i>ylhuittlapouala-muxtli, santome yc yntonal moquetza</i>	‘libro para contar los días o fiestas, con el que se indican los días de los santos’	<i>calendario</i> <sup>14</sup>
<i>teotlatotlilacoani</i>	‘el que es capaz de faltar a la palabra divina’	<i>erege</i>
<i>uey teopixcatlatoani</i>	‘supremo gobernante de los sacerdotes’	<i>Papa</i>

Asimismo, para apoyar los objetivos pedagógicos de la obra franciscana se crearon formas o expresiones referidas a la enseñanza de la escritura y las artes liberales (tabla 7). Se evidencia en la creación de este léxico el afán por dotar a los frailes que iban a ejercer de maestros de latinidad de un vocabulario que permitiera la comunicación monolingüe con los jóvenes estudiantes, de modo que pudieran recibir educación superior y ser formados en las artes liberales en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, actividad en que se desempeñaron tanto Andrés de Olmos como Bernardino de Sahagún.

Tabla nº 7

Náhuatl	Significado literal	<i>Equivalencia castellana</i>
		<i>VCM55/VCM71</i>
<i>letra machiyotl tlatecapanoni machiotlatoliztli</i>	‘letra’ ‘signo que sirve para ordenar’ ‘acto de decir ejemplos’	Letra
<i>latintlatolli</i>	‘lengua latina’	Latin, lengua
<i>latintlatollotl latintlatoliztli</i>	‘El conjunto de la lengua latina’ ‘El acto de hablar latín’	Latinidad
<i>latinnetlatolmachtiloni</i>	‘lo que sirve para conocer la lengua latina’	Gramática, arte de la lengua latina
<i>molatintlatolmachtiqui</i>	‘el que estudia la lengua latina’	Gramático enseñado en ella [la gramática latina]

De este modo, en los orígenes de la lexicografía bilingüe hispanoamericana comenzaba el establecimiento de una terminología propia para el proceso de gramatización del náhuatl y la reflexión metalingüística, además del desarrollo de una literacidad no solo tradicional sino también funcional para el desarrollo de competencias lingüísticas y comunicativas en lengua náhuatl durante el siglo XVI.

#### 4. CONCLUSIONES

Aunque parezca obvio, Molina y los demás misioneros de la Nueva España necesitaban un diccionario que sirviera para ayudar en la fase de redacción y traducción de textos como para el aprendizaje de la lengua indígena. El propósito era afianzar a nivel conceptual la conversión religiosa de la población indígena, pero también preparar a un futuro ‘clero indígena’ que pudiera ayudarles en la labor evangelizadora y consolidar la misma. Esto significaba conseguir el difícil reto de recopilar, escribir, ordenar, analizar y comprender las formas y significados del rico léxico náhuatl. El *VMC* se erige en obra rectora desde la cual se van elaborando los *VMC55* y *VMC71* como registro lexicográfico denso.

Las páginas del *VMC* representan un legado inapreciable para acercarnos mejor al conocimiento del patrimonio lexicográfico del náhuatl antiguo, arrojando mayor luz sobre el *VMC55* y *VMC71* y la macroestructura que ordena los campos semánticos en ellos contenidos. El *VMC* representa un colosal proyecto lingüístico, de acercamiento a la “otredad lingüística”, tanto en su diversidad formal como en sus sentidos semánticos. En definitiva, el *VMC* es, en todos los sentidos, el “primer” vocabulario náhuatl que recogería con propiedad y en abundancia el acervo lingüístico de esa lengua y así se lo parecía al propio Molina, según el esfuerzo y los desvelos invertidos.

En consecuencia, conviene que la historiografía lingüística colonial, la lingüística misionera y las modernas investigaciones sobre lexicografía bilingüe hispanoamericana tomen buena nota de que en el taller lexicográfico de fray Alonso de Molina se había concebido, gestado y alumbrado un monumento lingüístico que ha inmortalizado al franciscano y que completa los trabajos realizados por sus hermanos franciscanos desde la década de 1530, integrándolo como un libro complementario a su *Doctrina Cristiana* y *Arte de la lengua mexicana*. Con informantes nativos, tanto fuera como dentro del Colegio de Santa Cruz, Molina coordinó un trabajo exhaustivo de recopilación interactiva del léxico náhuatl, auxiliado por los mejores



expertos en gramática en aquel momento y lugar, todos ellos miembros de la Orden de San Francisco.

Además, toda la obra lexicográfica de Molina, su *VCM55*, *VCM71* y *VMC*, nos permite constatar cómo en aquella Nueva España de finales del s. XVI la vitalidad del náhuatl se mantenía fuerte, en contacto con el castellano, situándola como lengua de evangelización, es decir, como la lengua mediante la cual se traducían y transmitían los conceptos y principios cristianos y humanistas de Occidente a la sociedad nahua. Por tanto, numerosos aspectos del léxico podrían permitirnos ampliar estas ideas e ilustrar aquel proceso de complementación, interinfluencia y enriquecimiento mutuo entre las dos lenguas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BUSTAMANTE, JESÚS. 1989. *La obra etnográfica y lingüística de Fray Bernardino de Sahún*. Madrid: Universidad Complutense.
- CANGER, UNA. 1994-1995. Artes poco conocidos del náhuatl. *Actes: la "découverte" des langues et des écritures d'Amérique*. *Amerindia* 19-20:183-190.
- FLORES FARFÁN, JOSÉ ANTONIO. 2004. Classical Nahuatl: outlining its sociolinguistic complexity. En Thomas Stolz (ed.). *Alte Sprache*, pp. 167-178. Bochum: Univesitätsverlag Dr. N. Brockmeyer.
- . 2005 (en prensa). Hacia una historia sociolingüística mesoamericana. Explorando el náhuatl clásico. En Rebeca Barriga Villanueva y Pedro Martín Butragueño (eds.). *Historia Sociolingüística de México*. México: El Colegio de México.
- . 1993. El Vocabulario en lengua castellana y mexicana de Fray Alonso de Molina (1555, 1571). *Antiqua et Nova Romania. Estudios Lingüísticos y Filológicos en honor de José Mondéjar en su sexagesimoquinto aniversario* I, pp. 273-299, Granada: Universidad de Granada.
- . 2001. Estudio preliminar. Alonso de Molina. *Aquí comienza vn vocabulario en la lengua castellana y mexicana*. Málaga: *Analecta Malacitana*.
- GALEOTE, MANUEL y MIGUEL FIGUEROA-SAAVEDRA. 2008. La contribución de fray Alonso de Molina a la gramaticalización del náhuatl en el contexto de la lingüística misionera. En Concepción Company Company y José G. Moreno de Alba (eds.). *Actas del VII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española* II, pp. 1281-1299. Madrid: Arco Libros.
- GARCÍA ICAZBALCETA, JOAQUÍN. 1989. *Biografías-Estudios*. México: Porrúa.
- GILBERTI, MATORINO. 1997 [1559]. *Vocabulario de la lengua de Mechuacan*. Transcripción paleográfica Agustín Jacinto Zavala, revisión paleográfica Clotilde Martínez, J. Benedict Warren. Zamora: El Colegio de Michuacán.
- GILI GAYA, SAMUEL. 1960. *Tesoro lexicográfico (1492-1726): A-E*. Madrid: C.S.I.C.
- HASLER HANGERT, ANDRÉS. 1996. *El náhuatl de Tehuacán-Zongolica*. México: CIESAS.
- HERNÁNDEZ, ESTHER. 2000. El léxico innovador en el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* de Molina (México, 1571). En Hermógenes Perdiguero y Antonio Álvarez (eds.). *Estudios sobre el español de América: Actas del V Congreso Internacional de El español de América*, pp. 730-741. Burgos: Universidad.
- . 2001. Estudio. Alonso de Molina. *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* II. Madrid: ECH.
- HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA, ASCENSIÓN. 1993. Nebrija y el inicio de la lingüística mesoamericana. *Anuario de Letras* XXXI: 205-223.
- . 1995-1996. Hernando de Ribas, intérprete de dos mundos. *Estudios de filología y lingüística náhuatl*. *Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje* 2B: 477-493.
- . 1999. Un prólogo en náhuatl suscrito por Bernardino de Sahún y Alonso de Molina. *Estudios de Cultura Náhuatl* 29: 199-208.

- KARTTUNEN, FRANCES Y JAMES LOCKHART. 1976. *Nahuatl in the Middle Years: Language Contact Phenomena in Texts of the Colonial Period* (=Publications in Linguistics 85). Berkeley-Los Angeles: University of California.
- LASTRA, YOLANDA. 1981. *El náhuatl de Texcoco en la actualidad*. México: UNAM.
- . 1986. *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*. México: UNAM.
- LAUNEY, MICHEL. 1992. *Introducción a la lengua y a la literatura náhuatl*. México: UNAM.
- LEÓN-PORTILLA, MIGUEL. 1977. Estudio introductorio. *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* por Alonso de Molina. México: Porrúa.
- . 1987. *Bernardino de Sahún*. Madrid: Historia 16.
- . 1995. *Toltecoyotl, aspectos de la cultura náhuatl*. México: FCE.
- LOPE BLANCH, JUAN MIGUEL. 1999. La enseñanza del español durante el Siglo de Oro. En *Actas del I Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística (1997)*, pp. 49-73. Madrid: Arco/Libros.
- LOCKHART, JAMES. 1999. *Nahuas and Spaniards. Postconquest Central Mexico History and Philology*. Stanford: Stanford University Press, UCLA.
- MAYNEZ, PILAR. 2006. El proyecto lexicográfico de dos frailes españoles en México. *Estudios de Cultura Náhuatl* 37: 85-94.
- MENDIETA, FR. GERÓNIMO DE. 1973. *Historia Eclesiástica Indiana*. Madrid: BAE.
- MOLINA, FRAY ALONSO DE. 1552. *Ordenanzas para aprovechar los cofradías que han de servir en estas hospitales* (Manuscrito). México: Biblioteca del Museo Nacional de Antropología.
- . 2001 [1555]. *Aquí comienza vn vocabulario en la lengua castellana y mexicana*. Málaga: Analecta Malacitana.
- . 1565. *Confessionario mayor, en lengua Mexicana y Castellana*. México: Antonio de Spinosa Impresor.
- . 1571. *Arte de la lengua Mexicana*. México: Casa de Pedro Ocharte.
- . 2001 [1571]. *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*. Madrid: ECH.
- MONZÓN, CRISTINA. 1990. *Registro de la variación fonológica en el náhuatl moderno*. México: CIESAS.
- OLMOS, FRAY ANDRÉS DE. 1993 [1547]. *Arte de la lengua mexicana*, con introducción y transliteración por Ascensión Hernández y Miguel León-Portilla. Madrid: ECH.
- SIMÉON, RÉMI. 1885. *Dictionnaire de la langue nahuatl ou mexicaine, rédigé d'après les documents imprimés et manuscrits les plus authentiques et précédé d'une introduction, par Rémi Siméon, éditeur de la Grammaire mexicaine du P. André de Olmos*, Paris: Imprimerie Nationale.
- . 1988 [1977]. *Diccionario de la lengua nahuatl o mexicana, redactado según los documentos impresos y manuscritos más auténticos y precedido de una introducción (Col. América Nuestra)*. Traducción de Josefina Oliva de Coll. México: Siglo XXI.
- SMITH STARK, THOMAS C. 1995-1996. La grafía náhuatl de Antonio del Rincón. *Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje* 2, 2: 407-433.
- SULLIVAN, TELMA. 1987. *Documentos tlaxcaltecas del siglo XVI en lengua náhuatl*, Instituto de Investigaciones Antropológicas. México: UNAM.
- THIEMER-SACHSE, ÚRSULA. 1997. El *Vocabulario castellano-zapoteco* y el *Arte en lengua zapoteca* de Juan de Córdova—intenciones y resultados— (Perspectiva antropológica). En Klaus Zimmermann (ed.). *La descripción de las lenguas amerindias en la época colonial*, pp. 147-174. Frankfurt am Main-Madrid: Vervuert-Iberoamericana.